

TRACE

**Traditional Children's Stories for a common
Future**

Teseo y el minotauro



Co-funded by the
Erasmus+ Programme
of the European Union



Había una vez un marido y su esposa, casi ancianos, pero sin hijos. Desesperados por tener un hijo, solían rezar a Dios siempre para que les diese uno. Una vez fueron a celebrar un banquete, donde una vez más rezaron a Dios para que les concediera un hijo, aunque fuera solo una ranita.

El rey de Atenas no sabía qué hacer, estaba desesperado. Pensó que, si tuviese un poco de tiempo, podría construir una gran flota, lo suficientemente fuerte para echar al rey Minos la próxima vez que atacase Atenas. El rey de Atenas le ofreció un trato al rey Minos: si no atacaba Atenas en nueve años, Atenas enviaría a siete muchachos y siete muchachas a la isla de Creta para que se los comiera el horrible monstruo que el rey Minos tenía por mascota, el temido Minotauro.

El Minotauro vivía en medio de un laberinto en la isla de Creta. El rey Minos amaba a aquel viejo monstruo y solo atacaba Atenas cuando estaba aburrido, en realidad no quería nada. Deaquella manera, su querido monstruo podría esperar un regalo especial cada nueve años más o menos. El rey Minos aceptó el trato.

Aunque Atenas construyó su flota, como el rey de Atenas había esperado, el rey Minos no atacó. En efecto, mantuvo su palabra y ahora era el momento de que Atenas mantuviese la suya. Todo el mundo lloraba en Atenas.

El príncipe Teseo sabía lo importante que era mantener la palabra. Un trato era un trato. No obstante, también tenía muy claro que enviar muchachos a un monstruo para que se los comiera estaba mal, así que el príncipe Teseo le dijo a su padre el rey que iba a ir a Creta como el séptimo hijo de Atenas. Mataría al Minotauro y terminaría el horror.

“¡El Minotauro es un monstruo terrible! ¿Qué te hace pensar que lo puedes matar?” gritó su padre.

“Hallaré una manera,” contestó con suavidad Teseo. “Los dioses me ayudarán.”

Su padre le rogó que no fuera. Pero el príncipe ocupó su lugar y junto con otros seis muchachos y siete muchachas atenienses navegó hacia Creta.

Cuando el príncipe y los otros muchachos llegaron a la isla de Creta, el rey Minos y su hija, la princesa Ariadna, salieron a saludarlos. La princesa Ariadna no dijo nada, pero sus ojos se entrecerraron pensativamente. Esa misma noche, escribió una nota al príncipe Teseo y la deslizó por debajo de la puerta de su habitación.

“Querido Teseo,” escribió Ariadna.

“Soy una hermosa princesa, como probablemente notaste en el momento en

“Atentamente, La Princesa Ariadna.””

El príncipe Teseo salió del palacio y esperó pacientemente junto a la puerta. La princesa Ariadna finalmente apareció. En sus manos, llevaba una espada y un ovillo de hilo.

Ariadna entregó la espada y el ovillo al príncipe Teseo.

“Esconde esto dentro de la entrada del Laberinto. Mañana, cuando tú y los otros muchachos de Atenas entréis en él, esperad a que se cierre la puerta y atad el hilo a la puerta. Desenrolladlo mientras os movéis por el Laberinto y así podréis encontrar el camino de vuelta. La espada, bueno, ya sabes qué hacer con la espada”, se rió.

Teseo agradeció a la princesa su amabilidad.

“No lo olvides”, advirtió ella a Teseo. “Debes llevarme contigo para que toda la gente pueda admirar mi belleza.”

A la mañana siguiente, los muchachos atenienses, incluido el príncipe Teseo, fueron empujados al Laberinto y la puerta se cerró firmemente detrás de ellos. Siguiendo las instrucciones de Ariadna, Teseo ató un extremo del hilo a la puerta y les dijo a los otros muchachos que se quedaran en la puerta y que se aseguraran de que el hilo permaneciera atado para que pudiera encontrar el camino de regreso. Los muchachos agarraron fuertemente al hilo, mientras Teseo entraba solo en el Laberinto.

Con la espada que Ariadna le había dado, Teseo mató a la monstruosa bestia. Siguió el hilo hacia atrás y golpeó la puerta.

La princesa Ariadna les estaba esperando, abrió la puerta y sin que nadie se diera cuenta, el príncipe Teseo y los hijos de Atenas corrieron a su barco y se alejaron navegando en silencio junto con la princesa.

De camino a casa, se detuvieron en busca de provisiones en la pequeña isla de Naxos. La princesa Ariadna insistió en desembarcar. No había mucho que hacer en la isla y pronto se quedó dormida. Todo el mundo se reunió a su alrededor para admirar su belleza. Teseo navegó tranquilamente con los muchachos de Atenas y la dejó allí, durmiendo. Después de todo, un trato es un trato.